

porque no había podido henchir los bolsillos, como de costumbre, dijo á Esteban con imperio:

—Préstame veinte pesos.

—No, contestó secamente Esteban.

—Te digo que me prestes veinte pesos.

—Te digo que no.

—Y yo te digo qué si no me los prestas, "canto."

Esteban, por única respuesta lanzó á Perico una horrible injuria. Oírla éste y dejar caer con fuerza la abierta mano en el molestuo rostro de Esteban, casi fué uno. Tras aquel golpe que resonó en toda la casa, vino nutrida tempestad de mojicones. Lorenzo iba á apartar á los rijosos; pero éstos, enconados, trepáronse á la mesa, y el dinero en ella colocado, empezó á caer á chorros en el suelo, y los tahures á recoger y á embolsarse cuanto podían. Lorenzo entonces, atento á lo que más le interesaba, tomó precipitadamente el bastón, empuñólo y repartía golpes á diestro y siniestro.

Alfonso en pie, azorado, presenciaba la tumultuosa escena. Cuando todos los tahures habían huído con los bolsillos más ó menos provistos de duros, Lorenzo abalanzóse contra Perico, que sentía ya sobre sí la enorme panza de Esteban, y su

garra que le sujetaba. Viendo á Lorenzo próximo á descargarle un tremendo bastonazo en la cabeza, hizo un supremo esfuerzo, mordió con bestial furor un muslo á Esteban, quien dió un brinco y soltó á Perico, que se enderezó violentamente y huyó á todo correr, jurando á gritos, venganza.

—Perdone usted, joven, dijo Lorenzo á Alfonso; pero ya usted ha sido testigo de quién fué el provocador.

Alfonso, sin contestar, salió de la casa de juego, oyendo tras sí las soeces interjecciones de los ancoherizados tahures.

---

## XXVI.

Levantóse Alfonso muy temprano, había pasado muy mala noche, los breves ratos que logró dormir, su sueño fué muy agitado: ya veía á Guillermo en la prisión que volvía hacia él los ojos, acusándole de su crimen; ya á Esteban enfurecido sobre Perico, abofeteándole á dos manos; ora sotas, caballos y reyes; ora sus billetes de Banco pasando uno tras otro de sus manos, á las de los coimes.

—Es preciso, se dijo, tomar una re-

solución, y la tomaré hoy mismo. No puedo guardar ya este secreto, que me quemaba lentamente las entrañas. Las circunstancias han cambiado completamente; Lupe, ante la ley, es ya mía, mía para siempre, y ni su madre, ni mi padre, ni nadie en el mundo, pueden arrebatármela. Ahora, suceda lo que suceda, salvo á Guillermo. Púsose el sombrero, salió de su casa resuelto á todo y dirigióse á la del Lic. Olivares.

Estaba el docto abogado lleno de clientes, cuando llegó Alfonso; extrañóle mucho la presencia de éste; dirigióle una escudriñadora mirada, y comprendió en el acto que el hijo del banquero quería comunicarle algo grave que se relacionaba con el proceso de Guillermo.

Don Germán saludó al joven, apresuróse á despachar las consultas urgentes, y cuando estuvo sólo, cerró la puerta y dijo á Alfonso:

—Me tiene usted á sus órdenes, estamos enteramente sólo.

—Así quería hablarle, porque lo que tengo que decirle es grave, muy grave.

—Lo he comprendido. Hable usted con entera confianza.

Alfonso guardó silencioso unos momentos, como buscando palabras que le sirviesen de preámbulo; pero compren-

diendo instintivamente que si comenzaba por la revelación de su secreto, todo demás le sería fácil, dijo al Lic. Olivares:

—Yo soy el autor del robo que se atribuye á Guillermo.

El abogado se quedó frío: era imposible que su perspicacia pudiera haberle prevenido acerca de tal revelación; la sorpresa, por lo tanto, fué inmensa.

—¡Usted es el autor del robo! repuso el abogado, viendo al joven con profunda y observadora mirada, para cerciorarse de que no había perdido el juicio. Llegó hasta pensar en la generosa mentira de un amigo por salvar á su amigo; pero cuando tras de aquella categórica confesión se desataron en hirviente raudal las lágrimas de Alfonso, y prorrumpió en sollozos y gemidos, y repuesto un tanto refirió con precisión y con el firme acento de la verdad lo que había pasado, no dudó ya el Lic. Olivares de que era cierto cuanto el hijo del banquero le decía. Anonadado ante aquel descubrimiento, no sabía qué hacer. Compadeció á aquel corazón que entre el fango de los vicios aún tenía vigor para afrontar un sacrificio tan humillante para su natural orgullo.

—¡Ah! pensó; si el rico banquero hubie-

ra gastado una mínima parte del tiempo que ha empleado en asesorar, en educar para el bien este corazón, en vez de los amargos frutos que ha producido, los tendría hoy de virtud en plena sazón.

Estrechó á Alfonso con amor y suavidad, llevóle casi en brazos junto á él, y le dijo:

—No se avergüence usted de haberme confiado las graves faltas de su vida; viejo soy y he visto mucho, sé de lo que son capaces las pasiones desbordadas, y todos, aun yo que ya siento apagarse en mis venas el calor de la vida, expuestos estamos á las más lamentables caídas. Ahora, ya que tuvo usted la viril entereza de comenzar una obra de reparación debida á la justicia, es necesario concluir la. Ha hecho usted ya lo más difícil.

—La concluiré. ¿qué debo hacer?

—Aquí tiene usted recado de escribir. Diríjame usted una carta en la que afirme lo que me acaba de descubrir.

—¿Y se salvará así Guillermo?

—Guillermo se salvará con la carta y sin ella; lo único que logra usted con su confesión, es anticipar la rehabilitación.

—Entonces la escribiré en el acto, y Alfonso, sin vacilación, trazó rápidamente algunas líneas en el papel, firmó y en-

tregó la carta á Don Germán. Este la leyó y dijo satisfecho:

—Muy bien. No crea usted que esta carta irá á los tribunales á publicar la deshonra de usted; yo le prometo que hasta donde mi deber profesional me lo permita, seré celoso guardián de su honor.

—Gracias, gracias, repuso Alfonso, estrechando las manos del anciano y derramando aún copioso llanto; pero aquel llanto no era amargo como el que tantas veces había calcinado sus mejillas y caído en gotas de hirviente plomo sobre su corazón, sino inefable, dulce, consolador.

Alfonso se tranquilizó: el peso que le abrumaba había desaparecido; aun su orgullo en esos momentos, parecía domado.

—¡Ah! pensó: si tal consuelo y resolución tan firme se sienten confesando un crimen ante un hombre de bien, ¿qué será confesarlo ante el Ministro de Dios y oír de sus labios el perdón?

En ese momento de arrepentimiento comprendió Alfonso lo que jamás había comprendido y casi nunca había practicado; pues su madre, ebria de felicidad y su padre, ávido de oro, no habían procurado imbuir en el corazón de sus hijos la santa fe de sus mayores. La educación

religiosa de los hijos del banquero era muy superficial: misa los domingos y demás días festivos, algunas veces á medio oír, y . . . nada más. Doña Carmen, anualmente recordaba á sus hijos el precepto de la Iglesia. María Teresa obedecía, no siempre de buena gana, y Alfonso engañaba á su madre, quien crédu la siempre, no investigaba la conducta de su hijo. En cuanto al señor Sifuentes, nada sabía de ésto; era fiel esclavo de los negocios. Es verdad que era espléndido siempre que le pedían para el culto ó para obras de beneficencia; pero daba por orgullo y no por sólida piedad.

Qué cosa tan rara, dijo Alfonso al salir de la casa del abogado; ayer, que solamente yo sabía mi delito, era el más desventurado de los hombres; ahora que lo sabe el Lic. Olivares, y puede saberlo todo el mundo, casi me siento dichoso. ¡Ah, la sombra de ese ángel, de mi dulce esposa que empieza á alumbrar mi alma con sus apacibles esplendores!

---

 XXVII.

Hallábase el señor Sifuentes entregado á la fatigosa labor de sus complicados cálculos, cuando Perico, parándose en la

puerta del despacho, llamó suavemente. Don Antonio levantó los ojos y vió al joven.

—¿Qué se ofrece? le preguntó.

—Siento mucho distraerle de sus continuas y graves ocupaciones; pero un negocio muy urgente. . . .

—Siéntese usted y permítame terminar esta cuenta.

Mientras el banquero concluía su cálculo, sentóse Perico, y empezó á reunir sus ideas para hilar las frases que debía dirigirle.

—Me tiene usted á sus órdenes, dijo Don Antonio luego que hubo terminado.

Perico miró sucesivamente á los dependientes entregados todos con tezón á sus respectivas labores, y dijo luego al banquero:

—Es asunto reservado.

—Vamos adentro, repuso Don Antonio, señalando á Perico el cuarto contiguo al despacho, cuya puerta de comunicación con éste, cerró después que hubo entrado. El banquero se alarmó, pues sabía la amistad de su hijo con Perico, y presintió una mala nueva.

—¿Qué pasa? dijo al joven.

—Hay en esta ciudad, repuso Perico, con voz clara y pausada, en un callejón de apartado barrio, un garito clandesti-

no, donde las más noches juegan los amantes de Birján. Los dueños de tal garito son Lorenzo y Esteban, á quienes usted, sin duda, conoce, pues residen grandes temporadas en Zacatecas. Yo he tenido ocasión de ir muchas veces á esa casa, no á jugar, pues detesto el juego, sino á ganarme algo honradamente con los que allí me ocupan en llevar recados á sus casas ó buscarles dinero.

—Y ¿qué tengo que ver yo con todo eso?

—Allá voy. Los robos que allí se han cometido, me han indignado, pues los tales Lorenzo y Esteban son unos fulleros de la peor calaña, dignos de arrastrar el grillete, y aunque al principio callé, por miedo de una venganza, hoy, resuelto á todo, vengo á denunciarlos.

—Pero, ¿está usted en su juicio? Denúncielos usted á la autoridad respectiva. No soy ni Jefe Político, ni Juez.

—Pero es que uno de los que allí han sido miserablemente estafados, es Alfonso, el hijo de usted.

Don Antonio, que sabía que su hijo había jugado y perdido en el "Hotel Zacatecano," respondió, aunque aumentando gradualmente su emoción:

—Sí, pero está usted equivocado; Al-

fonso jugó en el Hotel, y no en el lugar que usted me dice.

—Cierto, jugó en el Hotel al "poker;" pero después, varias veces, en el garito de Esteban y Lorenzo.

La sangre de Don Antonio empezó á enardecerse, y al fruncir el ceño, juntáronse sus pobladas cejas.

—¿Cuándo ha jugado Alfonso en ese garito?

Perico señaló las fechas.

—Y, ¿cuánto ha perdido?

—Las pérdidas más considerables han sido, primero cuatro mil pesos, y anoche mil.

Don Antonio lanzó un rugido de ira. Recordó que la víspera había dado mil pesos á su hijo.

—¿Y usted ha presenciado todo esto?

—Sí, señor, y me consta que han robado á Alfonso; estoy dispuesto á declarar lo que afirmo, ante la autoridad que acerca de esto me interrogue.

—Gracias. Agradezco la noticia.

—Ruego á usted, dijo Perico, levantándose, que no me descubra con Alfonso, me reñiría y aprecio mucho al hijo de usted; lo he hecho por su bien, únicamente por su bien.

—Bueno, dijo el señor Sifuentes, arro-

jando sobre Perico una mirada despreciativa, que no pasó desapercibida para éste.

—Agradece el chisme, pero aborrece al chismoso, pensó Perico; no importa, me he vengado. Lorenzo y Esteban serán víctimas de este poderoso.

Apenas había salido Perico y hallábase aún Don Antonio en el cuarto contiguo al despacho, cuando un dependiente le anunció la visita del Lic. Olivares.

—Que pase, contestó Don Antonio, quien ya no cabía en sí de indignación. ¿De dónde cogió dinero Alfonso? pensaba.

Disimuló cuanto pudo su excitación, en presencia de Don Germán; pero el perspicaz ojo de éste, la notó desde luego.

—Vengo, le dijo el Lic. Olivares sin ningún preámbulo, á exigir una justa reparación.

—¿Reparación? preguntó Don Antonio, abriendo inmensamente los ojos.

—Lea usted esta carta, repuso Don Germán, poniendo en manos del banquero, la carta de Alfonso.

La ira del señor Sifuentes trocóse en pavor cuando acabó la lectura, y dejó caer la carta, que el abogado se apresuró á levantar y guardó en su cartera.

—Alfonso nos ha deshonrado, dijo Don Antonio, y lloró como un niño.

Don Germán dejó desahogarse á aquel afligido padre, que en esos momentos sólo inspiraba vivísima compasión, y después de un rato, le dijo:

—Aún no está perdido todo; Alfonso puede regenerarse y yo respondo de él. Ahora lo importante es salvar su honra y devolverla á quien por su causa la ha perdido.

—Y, ¿dónde está ese malvado?

Alfonso, por su desgracia, entraba en la casa en esos momentos. Vióle Don Antonio atravesar el patio y le llamó con descompuesta voz. Alfonso tembló al oír á su padre; pero ahora se sentía más fuerte que nunca.

—Aquí estoy, papá, dijo con humildad. Y al volver el rostro y encontrarse sus ojos con los de Don Germán, fijos en él como para inspirarle valor y confianza, lo comprendió todo.

—Tú has robado la casa del señor Minjares y has arrojado á Guillermo á la cárcel.

—Sí, papá; he tenido esa desventura, he cometido crimen tan grande, y quiero remediarlo en cuanto sea posible; que se me imponga el castigo que merezco.

—Malvado, gritó Don Antonio con los ojos inyectados y chispeantes. Y tienes valor para hundir en tu desgracia á una

infeliz joven que no ha cometido más delito que amarte; y esa desventurada es ya ante la ley tu esposa; pero no, miserable, no te unirás con ella, hasta que te regeneres, si tal regeneración es posible. Si quieres, pues, ser digno del amor de tu esposa y de algún día obtener mi perdón, que ahora te niego, ve inmediatamente á expiar tu culpa lejos, muy lejos, donde no tengas ni afectos de familia, ni el paternal amparo que desde ahora te retiro. Aléjate pronto, antes que la humana justicia castigue tu delito como mereces.

—¿Qué quieres que haga?, preguntó Alfonso con los brazos cruzados y la cabeza inclinada.

—Que inmediatamente te des de alta en el destacamento de la fuerza federal que está en la ciudad y sale mañana. ¿Lo oyes?

—Sí, señor, y obedeceré; Alfonso se inclinó, besó la mano de su airado padre, quien á pesar de su ira, se estremeció de dolor, y salió del cuarto. Iba á subir á la planta alta de la casa, cuando le detuvo la voz de su padre.

—¿A dónde vas?

—A despedirme de mi madre.

—No, nunca; matarías á esa santa. Véte, yo sabré lo que le digo.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las

mejillas de Alfonso, y salió del paterno hogar con el corazón hecho pedazos. Luego, dirigiendo la vista hacia la casa de Lupe, exclamó:

—Adiós, alma mía, adiós, quizá para siempre.

## XXVIII

Don Antonio Sifuentes, después de breve silencio, suplicó á Don Germán que le esperara; entró al despacho, sacó cinco mil pesos de la caja y volvió con el abogado.

La ira de Don Antonio desaparecía gradualmente para dar lugar al intenso dolor.

—Vamos á casa de Don Ignacio, dijo al Lic. Olivares.

—Vamos.

Durante el camino casi no hablaron. Don Germán adivinó desde luego lo que el banquero iba á hacer.

El señor Minjares recibió á su colega y al abogado con bastante afabilidad, y los condujo al cuarto donde arreglaba sus negocios particulares.

—Amigo Don Ignacio, le dijo el señor

Sifuentes, comienzo por poner á disposición de usted estos cinco mil pesos.

—¿De qué procede esta suma?

—Es una restitución.

—No comprendo.

Don Antonio vió á Don Germán como diciéndole: hable usted, para que sea menor mi tormento.

—Usted, señor Minjares, dijo Don Germán, designó á su cajero Guillermo Fernández, como el responsable de un desfalco de cinco mil pesos, que hubo en la caja de usted. Guillermo es inocente; el verdadero culpable, arrepentido de su delito, devuelve á usted por conducto del señor Sifuentes, la cantidad que extrajo de la caja de usted. Es necesario rectificar ante los tribunales, el error de que ha sido usted víctima.

Don Ignacio miró á Don Antonio sin comprender aún bien lo que se le decía, y quizá hasta pensó en que se había tramado alguna combinación para salvar á Guillermo; quien, según la opinión del Lic. Cortés, debía salir irremisiblemente condenado.

—Es verdad lo que dice el Lic. Olivares, repuso Don Antonio.

—Y, ¿qué desean ustedes ahora?

—Primero, contestó Don Germán, que reciba usted la cantidad que se le entre-

ga, y después, que en un escrito manifieste al Tribunal, que Guillermo es inocente; que si bien, al principio, creyó usted en la culpabilidad del procesado, tiene hoy seguros datos para proclamar su inocencia.

—En este asunto, repuso Don Ignacio, nada puedo hacer sin consultar á mi abogado, pues aun se ofendería si yo diese un paso del que él no tuviera oportuno conocimiento.

—Tenga usted la bondad de llamarle, dijo el señor Sifuentes, nosotros le esperamos.

Veinte minutos después, estaba Ernesto en el despacho del señor Minjares. Al ver allí al Lic. Olivares alarmóse, comprendiendo que se trataba del proceso de Guillermo. Cuando fué informado de las pretensiones de Don Germán, dijo á Don Ignacio:

—Usted no puede firmar tal escrito, porque se comprometería.

—¿Por qué? preguntó Don Antonio.

—Porque podrían seguir después el juicio de calumnia contra el señor Minjares.

—No, señor compañero, replicó Don Germán, porque Don Ignacio tuvo suficientes motivos para incurrir en error. Todo depende de la redacción del escri-



to; por otra parte, si merezco á ustedes confianza, yo garantizo que nada intentará Guillermo contra su acusador.

Mientras los abogados discutían, Don Antonio dijo casi en secreto á Don Ignacio:

—Tengo que hablar á solas con usted.

—Vamos, repuso, Don Ignacio, y dejaron largo rato á los abogados, discutiendo el punto. Ernesto cada vez se acaloraba más; Don Germán, sin alterarse, sin siquiera levantar demasiado la voz, refutaba victoriosamente todas las objeciones de Ernesto, que si bien eran exageradas por la pasión, no carecían totalmente de fundamento legal.

—Don Ignacio, gritaba Ernesto cuando asidos del brazo volvieron los banqueros, no firmará ese escrito. Es imposible; no lo consentiré jamás.

—Lo firmaré, señor Licenciado, dijo Don Ignacio al fogoso abogado, pues además de estar persuadido, como lo estoy, de la inocencia de Guillermo, tengo particulares motivos para firmarlo.

—Sí, Ernesto, añadió Don Antonio, ese escrito es absolutamente necesario.

El Lic. Cortés se quedó asombrado ante tales palabras: comprendió que algo muy grave había pasado, algo que no pudo ni siquiera sospechar. Calló, despecha-

do ante las categóricas afirmaciones de su rico cliente, y de su futuro padre político, á quienes por nada del mundo quería disgustar. El escrito fué redactado por el Lic. Olivares y firmado por el señor Minjares. Ernesto no hizo la menor objeción, temeroso de disgustar á personas que anhelaba tener gratas.

Don Germán dirigióse en seguida á la casa de Guillermo y le mostró el escrito.

—A usted, señor Licenciado, á usted exclusivamente, se debe este repentino cambio en el ánimo de Don Ignacio.

—No, contestó el abogado: está enteramente persuadido de la inocencia de usted.

—Gracias á Dios.

—Vamos al Tribunal.

Del escrito, hábilmente redactado por Don Germán, no podía nadie deducir quién era el autor del robo verificado en la caja del señor Minjares, motivo por el cual Guillermo atribuía á Don Germán, el cambio de ánimo en su antes encarnizado acusador.

Defensor y reo presentáronse en la Secretaría del Supremo Tribunal; pero el escrito de Don Ignacio llegaba demasiado tarde: la sentencia de segunda instancia estaba ya autorizada y confirmaba en

todas sus partes el fallo de primera instancia.

Entretanto, Don Antonio preparaba á su esposa para recibir la noticia de la prolongada ausencia de su hijo.

—Le mandé á Mapimí, decía á Doña Carmen, al arreglo de una diferencia que últimamente surgió entre los antiguos propietarios de la finca que compré, y yo, con motivo de las mojoneras de un lindero: es negocio que no dilatará mucho tiempo en concluirse.

—No, Antonio, algo malo ha sucedido á mi hijo, y tú me lo ocultas. Marcharse al siguiente día de su matrimonio civil, y como quien dice, en vísperas del matrimonio eclesiástico, sin siquiera despedirse de su madre, ni de la mujer á quien tanto ama. Esto no es, no puede ser natural. ¡ Ah! por misericordia dime la verdad, por dura, por terrible que sea; me hará menos daño que este siniestro temor que hiela la sangre en mis venas.

—Te digo que no te contristes ya; el tren partía y no había tiempo que perder. Ya sabes cuánta es mi actividad en los negocios; me era imposible ir personalmente, mandé á Alfonso. No tenía por el momento, otra persona de quien echar mano.

—El corazón de una madre no se enga-

ña. Antonio, á mi hijo le ha pasado una gran desgracia.

—Tranquilízate, Carmen, dijo Don Antonio, acariciándola, y se alejó, dejando á su esposa anegada en llanto.

El rico banquero estuvo todo el día muy preocupado; dolíale mucho la aflicción de su esposa. En la noche no pudo dormir. Una vez afiliado su hijo en el ejército federal, sería muy difícil obtener inmediatamente su libertad. Don Antonio, de buena fe, creía que los trabajos de la vida del soldado, y la disciplina militar, corregirían los vicios de su hijo. Si se porta bien, pensaba, pagaré á alto precio un reemplazo, y obtendré la libertad de Alfonso; entretanto, es necesario este castigo. Después de breve lucha, la energía de carácter del banquero triunfó de su compasión, y Alfonso salió de Zacatecas sin ver á ninguno de su familia ni de sus amigos, sin despedirse de nadie, con el corazón transido de dolor, pero resuelto á regenerarse.

---

## XXIX

—Es muy extraño lo que ha pasado, decía Doña María á Guillermo, ayer estuvo aquí el señor Sifuentes y me dijo: mi

hijo Alfonso ha salido á un viaje que dilatará algún tiempo, y no le fué posible venir á despedirse. Vengo en su nombre. Entretanto, Lupe, que es ya mi hija, debe considerarme como un padre. Creo que Alfonso le escribirá pronto.

—¿Que piensa usted de todo esto? dijo Guillermo á Lupe.

—Todo me parece también muy extraño. ¡Pobre Alfonso! Hace algún tiempo que notaba que una oculta pena le afligía sin cesar; pero nunca quiso decirme la causa de su dolor.

—Estoy intranquila, repuso Doña María; hemos quedado en una situación muy falsa. Mi hija, ante la ley, es ya esposa de un hombre que se ausenta por tiempo indefinido, y cuando Dios aún no bendice ese matrimonio. Tal acontecimiento me llena de angustia. Guillermo, ¿qué pasa aquí?

—No acierto á explicarlo.

—¿Juzga el señor Sifuentes que bastan para tranquilizarme, las pocas y vagas palabras que me dijo, referentes á Alfonso?

En ese momento llaman á la puerta, y poco después entra Pimpollo, pálido y asustado.

—¡Qué noticia, qué noticia! exclamó sin saludar. ¡Cuánto me ha contristado!

Vengo á unirme á la aflicción de ustedes.

Doña María hizo á Lupe y á Guillermo una señal, para que callaran, y poder saber de boca de Pimpollo, lo que quizá se les había ocultado.

—Sí, Pimpollo, repuso Doña María, nosotras también estamos afligidísimas y, ¿qué comentarios hace por allí la gente?

—Unos dicen que ha sido extremado rigor de Don Antonio; otros, que era necesario tal castigo para Alfonso que, de abismo en abismo, corría rápidamente á su total ruina, y algunos, que el digno de castigo es el señor Sifuentes, por no haber oportunamente corregido á su hijo, sino que le abandonó al impulso de sus propias pasiones.

—Y, ¿dilatará mucho Alfonso?

—¡Psh! Allí es nada: los tres años que dura el servicio militar, si no es que antes le mata una bala ó una fiebre palúdica, pues precisamente Alfonso se dió de alta en el batallón que marcha para Yucatán, á la guerra contra los mayas.

—¿Es posible que el señor Sifuentes haya sido tan cruel con Alfonso? murmuró Lupe é inclinó tristemente la cabeza.

—Pero, ¿qué, ¿esto no tiene ningún remedio? preguntó Doña María.

—Sí, contestó Pimpollo, quizá un reemplazo.

—Y ¿qué es eso? interrogó Doña María.

—Conseguir una persona que vaya de soldado en lugar de Alfonso, y ¿quién ha de querer ir á recibir una bala de esos malditos indios, ó á pescar una mortal fiebre en aquellas insalubres costas? En cuanto á mí, no iría por todo el oro del mundo, al menos que se tratara de la vida de Lola.

—Guillermo, dijo Doña María, ¿qué no se podrá conseguir un reemplazo? A mí no me parece difícil hay tantos pobres que no temen la guerra y que hasta con gusto son soldados. Si á uno de éstos se le ofreciera dinero que le asegurara la subsistencia de su familia, estoy segura que aceptaría ir en lugar de Alfonso.

—Tranquílcese usted, dijo Guillermo. No vea yo jamás triste á usted, Lupe. Alfonso recobrará en breve la libertad para que venga á tomar posesión de un hogar que le pertenece. Doy á usted mi palabra de honor de que yo encontraré este reemplazo.

Doña María exhaló una exclamación de júbilo, y Lupe se quedó mirando atentamente á Guillermo: había leído su in-

tención en aquellos ojos que eran la luz de su alma.

—¡Guillermo! exclamó conmovida, ¿qué va usted á hacer?

—Yo, exclamó el joven con serenidad, soy solo en el mundo, lo que de más caro me quedaba era mi honor; aun contra él se levantó sañuda la suerte. Vendrá mi rehabilitación; pero ella no me puede dar alegrías imposibles de obtener. ¿Por qué, pues, no esforzarme por la felicidad de ustedes? Iré de soldado en lugar de Alfonso.

Doña María dilató las pupilas asombrada, y Lupe exhaló un hondo gemido.

—¿Tú? dijo Pimpollo, con el estupor pintado en el rostro ¿de esa manera tan generosa te vengas de quien fué la causa de tu prisión y de tu deshonra? Eres un santo.

Lupe no pudo contenerse más y dijo á Pimpollo.

—¡Por Dios! explíquenos usted todo. Díganos cuanto sabe, pues las palabras de usted nos están matando.

—Luego ustedes no sabían nada, dijo Pimpollo quedándose boquiabierto.

—Absolutamente nada.

—¡Bárbaro de mí! ¿qué he hecho?

—No se arrepienta usted, repuso Do-

ña María, mejor es saberlo todo; mata más la duda que la verdad.

—Es más conveniente, añadió Lupe, que nos refiera pormenorizadamente lo acontecido un sincero amigo y no extraños que desfiguren los hechos.

—Habla, Pimpollo, ¿no ves cuánto las estás haciendo sufrir?

—Ya lo dije todo. Alfonso se fué de soldado á la guerra de Yucatán, en castigo de la falta que cometió.

—Pero ¿cuál falta?

—El fué quien extrajo los cinco mil pesos de la caja de Don Ignacio Minjares para pagar una deuda de juego.

—¡Dios mío, Dios mío! exclamó Doña María con dolor y abatimiento. En aquel instante pensó cuánto había ella contribuido con sus consejos al matrimonio de su hija y se arrepintió de ello. No había buscado la afligida madre sino la felicidad de Lupe; creyó de buena fe que en Alfonso le dejaría seguro amparo, y hoy ve un abismo sin fondo abierto á sus pies.

Lupe miró á Guillermo esperando sin duda el efecto que en su ánimo causaron las palabras de Pimpollo. Guillermo estaba hondamente emocionado. Traicionarme así el amigo querido, pensó, haberme sin piedad arrebatado la honra y

lanzarme á una lucha tremenda donde he estado á punto de sucumbir, y después de hacer pedazos mi honor casarse con Lupe, á quien amo ya con toda mi alma. Todo, todo para él, nada, absolutamente nada, para mí. Mas aquel relámpago de ira que alumbró abismos de infortunio, apagóse luego. Recordó que su padre había perdonado de todo corazón á Don Antonio Sifuentes cuantos males le había hecho con aquel litigio que fué su total ruina. Seguiré el ejemplo de mi padre, dijo con resolución, ayer perdonó él al padre, hoy perdonaré yo al hijo, y levantándose, exclamó con solemnidad, dirigiéndose á los circunstantes, que le miraban agitado y convulso.

—Le perdono con todo mi corazón el inmenso mal que me ha hecho, y contribuiré en cuanto pueda á su felicidad. Me iré de soldado en su lugar, y le traeré á los brazos de su . . . de su . . .

Guillermo se detuvo faltar de respiración, le ahogaba el dolor; Lupe estaba colgada de los labios del joven, que con apagada voz concluyó la frase.

—De su . . . esposa, y se dejó caer en la poltrona, como si las fuerzas se le hubieran agotado. Lupe hizo impulso de abrazar á Guillermo; pero también le faltaron las fuerzas y cayó desfallecida.

## XXX

Don Germán, después de notificársele la sentencia de segunda instancia, pudo solicitar aún para su defenso el indulto necesario, pero no quiso, porque el perdón supone culpa, y Guillermo era inocente; optó, pues, por recurrir á la justicia Federal en demanda de amparo contra una sentencia totalmente destituida de fundamento legal, según el parecer del docto abogado. El Juez de Distrito dejó en libertad á Guillermo, bajo la fianza que anteriormente había dado, consistente en el depósito hecho por Don Germán en el Banco de Zacatecas, y el juicio de amparo siguió con la rapidez del procedimiento federal, en estos casos, diverso del lento y complicado procedimiento penal de los tribunales comunes, funesta herencia de la antigua legislación.

Entretanto, la salud de Doña Carmen, de aquella hermosa y aristocrática dama de atractivo y dulzura inefables, languidecía gradualmente. A pesar de los esfuerzos de Don Antonio, no fué posible ocultarle la verdad, que empezó á saber por otros, y acabó de saberla con todos sus espantosos pormenores, por su mis-

mo esposo. En vano el señor Sifuentes quiso convencerla de que aquel castigo influiría poderosamente en la regeneración de Alfonso. Ya no hubo día tranquilo para aquella bondadosa madre, cuyo único pecado había sido la ceguedad de un amor inmenso. ¡Cuán cara pagaba la dicha que en rebosante medida había disfrutado los mejores años de su existencia!

El Lic. Cortés, desde que logró que María Teresa correspondiera á su amor, dispúsose para unirse en matrimonio con la gentil rubia, á la mayor brevedad posible, y tan luego como obtuvo el consentimiento de su novia, comisionó á Don Ignacio Minjares para que pidiera la mano de la joven. Don Antonio, temeroso de que renaciera en el corazón de su hija, el amor á Guillermo, para quien jamás tuvo buena voluntad, y juzgando dignos de tomarse en cuenta la posición y título profesional de Ernesto, accedió á la solicitud del pretendiente, señalando para la boda un plazo que estaba ya para vencerse, en aquellos calamitosos días.

María Teresa estaba muy afligida: si nunca creyó en la culpabilidad de Guillermo, menos aún llegó ni siquiera á sospechar en la de Alfonso, cuyas calaveradas ignoraba por completo. Sintióse he-

rida en su afecto fraternal, en el dulce recuerdo de Guillermo, con quien tan injusta había sido, y sobre todo, en su orgullo de abolengo. Creía que aun el mismo Ernesto la despreciaría juzgándola tan mala como Alfonso, y pasó la hermosa rubia muchos días amargos y angustiosos. El vencimiento del plazo fijado para su matrimonio, se aproximaba, y temía que por los graves acontecimientos de familia, la boda se aplazase indefinidamente. Esta idea le aterrorizó, pues no deseaba por nada del mundo, pasar la vida en histérica soltería. La exaltada imaginación de la joven veía desgracias por todas partes, así es que cuando Ernesto le dijo que tenía arreglado ya, todo lo concerniente á su matrimonio, María Teresa, no sólo no hizo al joven abogado la menor oposición, sino que recibió la nueva con visible complacencia.

Don Antonio sintióse muy contrariado cuando Ernesto le manifestó su resolución, pues hubiera querido, por las recientes aflixiones de familia, dilatar algún tiempo más el matrimonio de su hija; pero si por una parte espiraba el plazo que él mismo fijó, por otra, creía que absolutamente nadie, fuera de Don Ignacio y del Lic. Olivares, sabía la causa de la ausencia de Alfonso, y temió que

la demora en el pactado enlace, diera lugar á indiscretas investigaciones, y aunque mal de su grado, cedió á la voluntad de los novios, rogando únicamente á su futuro yerno, que el matrimonio se celebrase con la menor pompa posible, y así se hizo. La ceremonia verificóse muy de mañana en el templo parroquial de Santo Domingo, y á ella asistieron únicamente algunos de los amigos de los desposados. La tarde del mismo día, tomaron el tren del Sur en dirección á la capital de la República.

Pimpollo, que fué uno de los que asistieron á la boda de María Teresa, durante la ceremonia impresionóse mucho; oyó después la misa, con edificante devoción, y salió del templo resuelto á vencer su natural timidez y su espantoso miedo á Don Leandro Jiménez, padre, por desgracia de Pimpollo, de aquel lucero de su vida que se llamaba Lola. El, por nada de este mundo, se presentaría, ni armado de punta en blanco, ante aquel ogro, su perpetua pesadilla; pero buscaría persona de respeto y de talento que afrontara la difícil situación. Pensó en el Lic. Olivares, cuyo trato y discreción habíanle cautivado. Pensarlo y dirigirse á la casa del abogado, fué todo uno, y hé aquí á Pimpollo frente á Don Germán tartamu-

deando y tragando saliva, sin saber cómo empezar á hilvanar el hilo de su discurso.

—Señor Don Germán, señor Licenciado, señor abogado....

—Servidor de usted.

—Venía.... venía.... pero usted está muy ocupado.

—Oigo á usted.

—Pues ha de saber usted, que Lolita, la hija de Don Leandro Jiménez, de ese señor, muy, muy.... serióte; pero eso sí, muy bueno.... Mas luego le pone de mal humor el rehumá, y.... pues..... yo casi no he hablado con él, y quería casarme con él, digo, con Lolita.... y deseaba que usted se sirviera....

—Ver al padre de Lolita, ¿no es esto?

—Exactamente.

—¿Y pedirla para usted en matrimonio?

—Justo.

—Y casarse con ella á la mayor brevedad posible.

—Exacto, exactísimo; usted ha adivinado mi pensamiento, es usted perspicaz, muy perspicaz.

—Pues vaya usted joven, preparando la boda, porque Don Leandro Jiménez, que es mi cliente y amigo, me ha hablado de usted, ha notado la inclinación de us-

ted hacia su hija, y no hay obstáculo que se oponga á sus pretensiones.

—No dije á usted, señor abogado, que D. Leandro era muy bueno, muy bueno. ¡Ay qué bueno es Don Leandro!

Pimpollo no podía contener el júbilo.

—Cumpliré con el encargo de usted, porque es necesario llenar esa formalidad; pero le repito que vaya arreglando la boda.

Pimpollo estuvo á punto de abrazar al abogado, pero contúvole el grave continente de éste. Al despedirse se deshizo en reverencias, y varias veces tocó el pecho con la punta de la barba, y el suelo con el sombrero, y salió de la casa de Don Germán, loco de alegría.

Al día siguiente, muy peripuesto y perfumado, encaminóse á la casa del Lic. Olivares, ávido de saber la contestación de aquel ogro á quien Pimpollo no podía figurarse sino echando votos y bastonazos á diestro y siniestro; pero ocurriósele pasar antes por la casa de Lola, para echarle aunque fuera de lejos, una tierna mirada. Lola estaba en la ventana y él se acercó á saludarle.

—Guasón, le dijo ella, haciéndole un monísimo gesto. ¡Qué sorpresa me ha dado usted! ¿Pero, por qué no me previno?



—Precisamente por darle una sorpresa. ¿Ya vió el abogado al señor su papá?

—Ya.

—Y, ¿qué contestó? dijo Pimpollo, y quedóse boquiabierto y asustado, como esperando la explosión de un barreno.

—Pues, . . . contestó . . . contestó . . . y Lola, sonriendo primero y moviendo la cabeza, y luego bajando la vista, ruborizada, concluyó la frase.

—Contestó que sí.

Pimpollo dió un brinco, y sin despedirse de su adorada Lola, entró á la primera mercería que encontró al paso, que fué "El Globo," para comprar inmediatamente algunos muebles.

Y no se dió cuenta del lugar donde se encontraba, hasta que uno de los dependientes le preguntó cortesmente:

—¿Qué desea usted?

—Pues . . . todo lo necesario para una casa!

---

### XXXI

Don Germán obtuvo en el Juzgado de Distrito una completa victoria: el juez, sin tomar en consideración el escrito presentado por el señor Minjares, demostraba con sólidas razones que el fallo del

juez de primera instancia, confirmado por el Tribunal, que condenaba a Guillermo, violaba las garantías constitucionales, y por lo tanto, de acuerdo con el parecer fiscal concedía el amparo solicitado. La sentencia de la Suprema Corte de Justicia, por unanimidad, confirmó el fallo del Juez de Distrito.

Ernesto, que se encontraba en México pasando la luna de miel, desplegó la mayor actividad persiguiendo con feroz encono á Guillermo; pero las gestiones del abogado sólo sirvieron para apresurar un fallo que, de otra manera, se hubiera dilatado aún algún tiempo.

El Lic. Cortés telegrafió á Don Ignacio el adverso resultado final de aquella acusación que tanto había impresionado á la sociedad zacatecana, y aun le manifestó los temores de que el acusado exigiera fuerte indemnización por daños y perjuicios. Ignoraba el novel abogado que en materia de reclamaciones por daños y perjuicios, el Estado de Zacatecas hállase como pudiera haberse encontrado en el siglo XVIII: han pasado dos siglos sin que en tal materia haya avanzado ni una línea.

Don Ignacio, muy alarmado por aquello de la indemnización, vió al Lic. Olivares, le entregó las gratificaciones ar-